EL ECO
DE LAS SEÑORAS DE SANTIAGO.

PERIODICO SEMANAL.

AÑO. I. SANTIAGO, SETIEMBRE 7 DE 1865. NUM. 9.

El Eco de las señoras de Santiago.

SANTIAGO, SETIEMBRE 7 DE DE 1865.

Nosotras i los hombres.

Frecuentemente sucede que los hombres de mas elevada intelijencia se engañan al apreciar los sentimientos i acciones de las mujeres. Dejándose llevar de la inclinacion natural de amoldar a las propias concepciones las ajenas, paréceles que no deben pensar sinó como ellos piensan, ni sentir de otro modo del que ellos sienten. Colocados en este falso punto de vista censuran con injusticia lo que mas léjos estar debiera de sus críticas. Basta, sin embargo, echar una ojeada sobre el diverso carácter de ámbos seres para que se perciba que no debe juzgarse de esa manera.

Dotada la mujer de sentimientos mas intensos que los del hombre, halla en su misma naturaleza el carácter de duracion que sabe comunicar a sus acciones. Pudieran asemejarse sus sensaciones a las sonoras vibraciones de algunos instrumentos múcicos que hacen retemblar el aire por largos ratos. Las emociones son, al contrario, demasiado rápidas, efímeras, en los hombres, i por eso puede su corazon pasar sin violencia de un asunto a otro, siempre que así lo aconseje el entendimiento. ¿No habeis visto a una madre llorar por muchos dias a su hijo ya finado, miéntras que apénas unas cuantas lágrimas ruedan por la cara del padre en los primeros momentos de su dolor?

Se desprende de aquí que las hondas impresiones causadas por la pretendida libertad de cultos dominan todavía nuestro sér. Si ellas se han evaporado prontamente de algunos hombres, es natural, es justo, que nuestros corazones devoren por algun tiempo mas la hiel con que algunos de nuestros compatriotas han querido abrevarlas. Pretender que sigamos únicamente en nuestro periódico la marcha de los acontecimientos sin que volvamos los ojos atras para contemplar la profundidad del precipicio al cual se quiere empujar a nuestra querida patria, es ahogar nuestros sentimientos en el pecho, i dar muestras de que no apreciamos cual conviene la prosperidad de Chile. Mientras mayor es el sentimiento que un suceso produce en el alma, mayor es tambien el afecto que se reconoce herido por tal suceso. Inequívoca prueba de que amamos con delirio a nuestra patria, es el que tanto nos impresionan sus males, aún cuando solo sean inminentes. ¡No os burleis de nuestro patriótico sentimentalismo! ¡No vayais crueles a poner atajo a la corriente de nuestros justos desahogos!

Ademas, sí nosotras continuamos hablando de la libertad de cultos, que en asiaga hora se ha procurado para Chile, es porque escribimos para señoras, i deseamos consignar en nuestro periódico las razones que militan contra esa libertad. Esta fué la causa que lo hizo nacer, i ya que no es fácil que las señoras hayan leido lo que en este sentido se dijo en la Cámara i ha publicado la prensa, conviene trasmitirlo a todas por medio de *El Eco*. Aún en el caso de hader leido quizás las mismas reflexiones, no estará de mas el refrescarlas para que permanezcan mas gravadas en el alma. ¿En que se opone esto al interés de oportunidad que puede simultàneamente ofrecer nuestro sencillo periódico? Embébanse cuanto quieran los hombres en las nuevas cuestiones que se les presentan, siquiera no sean de conocida importancia social. Nosotras preferimos lo útil a lo coetáneo, i creemos no engañarnos en nuestra eleccion. Pero, ¿es cierto que el asunto de libertad de cultos es estemporáneo? Parécenos que de ningun modo. No porque los diarios hayan cesado de discutirlo deja ese asunto de ocupar todavía a la sociedad, si bien no con el ardor que cuando se veía en la arena a los combatientes.

Una señora ahorcada.

Indescriptible ha sido nuestro sentimiento al leer la relacion que se que se ha publicado de la pena capital que acaba de tener lugar en Estados Unidos. Por complicidad en delitos políticos se ha tenido la infamia de llevar al patíbulo a una señora; ¡i a qué patíbulo, santo Dios! al que ofrece quizas un espectáculo mas horripilante, al de la horca.

Se dice que muchos niegan con fundamentos que la señora hubiese tenido parte en los manejos políticos de que el gobierno de la Union la creyó cómplice. Quizás esta sea la verdad, atento el complicado mecanismo de una revolucion tan en grande escala como la que acaba de trabajar a esa república, i a lo enervados que allí se hallan los vínculos relijiosos. Pero, suponiendo que fuese cierto que la señora norte americana hubiese aceptado la revolucion, i aún hubiese sabido el asesinato de Lincoln, ¿basta esto para quitar la vida a una señora?

No abogamos no, por la impunidad para las mujeres. Creemos que es justo aplicarles la pena de muerte; pero, solo por delitos morales enormísimos, como seria un asesinato premeditado: nunca jamás por crímenes políticos. Si no faltan escritores ilustrados que sostienen con no infundadas razones que debe abolirse absolutamente la pena de muerte por delitos de esta clase. ¿Con cuánta mayor razon deberá al ménos no aplicarse tal pena a las mujeres que se hallen en ese caso? Así lo han comprendido aún los monarcas

---

FOLLETIN.

LAS CASTELLANAS DE ROSELLON
O EL
QUERCY EN EL SIGLO XVI.

POR

Mme. Eujenia de la Rochère.

NOVELA TRADUCIDA DEL FRANCES

PARA

El Eco de las señoras de Santiago.

CAPITULO I.
EL PADRE ALFONSO.
(Continuacion).

¿Qué ha sucedido, esclamó la condesa, para poder esperar tan feliz resultado?

—Dejadme que os cuente todo el asunto como lo he sabido esta mañana en Cahors, dijo el jóven colocándose en su asiento. Ya sabeis que el almirante de Coligny habiendo sido herido por un asesino, sus correlijionarios pretendieron que el golpe habia salido de la mano del duque de Guisa. Los calvinistas reunidos en Paris en número de ocho mil, prorrumpieron en amenazas, i no disimularon que estaban en disposicion de hacerse justicia si el rei osaba rechasársela. Los mas audases hablaban en voz alta de degollar al duque i a la misma reina madre. Catalina atemorizada reune al punto el consejo, hace comprender al rei que vale mas desprenderse de los hugonotes que tener siempre que temerles, i sin detenerse en las formas ordinarias de la justicia contra criminales tan temibles, los hace condenar a muerte sin otra forma de proceso. El degüello jeneral de los protestantes se fijó para la noche siguiente, víspera de San Bartolomé, i el duque de Guisa fué encargado de la ejecucion de las órdenes de la corte. Todo salió a la medida de sus deseos; Colingy, apuñaleado en su cuarto, fué precipitado por la ventana.

¡—Qué horror! esclamó Espérie ocultando su rostro entre sus manos.

—El toque de alarma sonó en todas partes, continuó Galliot sin notar la emocion de su hermana; los soldados i el pueblo, que no esperaban mas que la señal, se esparcieron en todos los cuarteles de Paris; fuerzan las casas de los calvinistas, matan a golpes, a puñaladas, fusilan a cuantos encuentran; aún el Louvre no sirve de asilo a los herejes; los señores hugonotes son perseguidos ahí, degollados en las habitaciones, en los patios, en las galerías i el mismo rei de Navarra no ha escapado de la muerte sino abjurando sus errores.

---¡El rei de Navarra ha abjurado! esclamó la condesa, que habia escuchado con una mirada dura pero con aire estupefacto, la relacion de tantos crímenes.

---¡Dios mio, Dios mio, cuán malos son los hombres! dijo Espérie bañada en lágrimas.

—¡Cómo, hermana lloras por el triunfo de la buena causa! dijo con cólera el jóven.

—Lloro por la desgracia de tantas víctimas, por el crímen de tantos cristianos, respondió ella indignada.

—Vuelve a tu rueca, dijo Galliot con tono desdeñoso, las obras de la política no están al alcance de tu intelijencia.

—Eres muí jóven realmente para juzgar las acciones de los reyes, dijo la condesa con triste gravedad. Este acontecimiento no me parece tan feliz como lo crees, continuó ella volviéndose hácia su hijo. Cuando el tigre está herieo, se pone furioso i es mas temible. «¿Qué pensais de todo esto señor cura?»

Este se estremeció como un hombre sacado con precipitacion de una meditacion profunda. Desde la llegada del jóven conde, el sacerdote habia permanecido indiferente a la conversacion, teniendo los ojos fijos en el retrato de Galliot IV, colocado encima del asiento de la condesa.

Galliot V esclamó con tono decidido:

¡El señor cura piensa como yo par diez! Tranquilizaos, madre, el monstruo no está solamente herido, sinó moribundo, pues en todas las ciudades de Francia los católicos autorizados por la orden del rei i animados ademas con la vista de sus iglesias en ruinas i de sus sacerdotes degollados, se han considerado como ejecutores de la justicia divina para vengar tantos asesinatos i sacrilejios sobre sus autores; en todas partes han hecho gran carnisería en estos impíos, i por mucho tiempo no volverán a levantar la cabeza.

—¡Dios lo quiera! dijo la condesa.

—¡Qué el Dios de misericordia tenga piedad de todos nosotros! dijo el sacerdote.

(Continuará.)

mas severos, cediendo quizás a esa dulzura de costumbres que ha inspirado el cristianismo, i que es uno de los bellos florones de la moderna ilustracion. ¡I que una república que se nos presenta como modelo de *liberal* i de *tolerante*, nos ponga a la vista espectáculos que revelan, no solo su intolerancia, sinó hasta su incultura! ¡Ver espuesto a las miradas de inmenso pueblo el cuerpo de una mujer colgando entre los de otros hombres!

Pero, lo que en este asunto llama mucho nuestra atencion es que nuestros diaristas no hayan levantado indignados su voz contra semejante atropello de las leyes de la ilustracion, de la humanidad, i de la creencia.

Si este acontecimiento se hubiese verificado en una monarquía, de seguro, que no habria bastado cuanta hiel hai en el mundo para empapar en ella sus plumas. El diccionario de la lengua seria demasiado mezquino para suministrarles todos los dicterios, todos los anatemas que en su furor lanzar quisieran contra los monstruos coronados.

Solamente en *El Independiente* de hoi, domingo 3 del actual, hemos visto con placer que el autor de la *Revista de la Semana* ha dedicado algunas frases a estigmatizar la ejecucion capital de que hemos hablado. Los hombres de nobles sentimientos e ilustrados, aunque no blasonen de liberales, siempre hallarán en su corazon palabras dignas que fulminar contra los atentados ignominiosos de la humanidad.

Carta

DIRIJIDA A UNA PROTESTANTE CONVERTIDA AL CATOLICISMO.

Escrita en frances por el abate Bantam.

(Continuacion).

Cuán dichosa sois tambien en haber por fin encontrado la paz del espíritu i del corazon! Ahora sabeis lo que debies creer, lo que debeis hacer i lo que debeis amar. Vuestra conducta tiene una regla segura e igualmente vuestro pensamiento, i ya no correis el riesgo de estraviaros en las fantasías de vuestra imajinacion, en las sutilezas de vuestra razon, en las inclinaciones de vuestro corazon. La Iglesia os enseña los dogmas sagrados, tal como los ha recibido de Jesucristo, de sus apóstoles, i de la antigua tradicion oral o escrita. Ella os dice simplemente; he aquí lo que siempre han creido los fieles de todos los tiempos i de todas las naciones. Al espiritu divino, es a quien pertenece esplicar e interpretar lo que él ha dictado. I este espíritu, trasmitido a los apóstoles por el Salvador, ha quedado en su Iglesia i permanecerá en ella por su asistencia hasta la consumacion de los siglos.

Pero Dios, que se ha dignado hablar a los hombres, por sus profetas, por sus apóstoles, últimamente por nuestro señor Jesucristo, no podia abandonar la verdad de su palabra a la instabilidad, a la contradiccion de los pensamientos i de las pasiones humanas. Por este motivo él ha instituido divinamente sobre la tierra, una autoridad para conservar en ella su depósito intacto, i un santo tribunal, por interpretarla i aplicarla.

Hé aquí, señora, salvadas sino del todo, vuestras dificultades, todas vuestras dudas, o, mas bien, vuestra confusion por falta de luz en el alma (pues la luz se desarrolla por grados en las almas, i no llega instantáneamente a su apojeo) lo están al ménos, vuestras inquietudes, en medio de tantos raciocinios contradictorios, que os dejan llena de perplejidad, i sin saber cuando fallais solo por vuestro propio juicio, si habréis abrazado un error; lo que no podréis conocer casi siempre por falta de luz, o por temor de desviaros, siendo tambien deficientes para ello las palabras de los hombres encargados de instruiros i dirijiros, destituidas como las hallais de la autoridad competente para convenceros sosteneros i alentaros. Pués es cosa mui singular, i que se esplica sino por la constante contradiccion del error consigo mismo, vuestros ministros que no puedan enseñaros las cosas divinas, sin reclamar vuestra confianza en sus palabras, la destruian ellos mismos de antemano por el principio fundamental de su doctrina, a saber: que en materias de relijion i de dogmas la razon de cada hombre es del todo independiente; i que puede juzgar como le plazca. Así sus aseveraciones no eran otra cosa que libres opiniones como las vuestras, i en suma ya no sabiais que creer ni que pensar.

¡Ai! en las angustias de vuestro corazon, estabais tan desolada como en las incertidumbres de vuestro espíritu. Cuántas veces habrias deseado oir una palabra poderosa que no fuera ya la de un hombre, que os prescribiera lo que debiais hacer o evitar. Ahora teneis esta palabra de autoridad, no solamente en la doctrina jeneral de la Iglesia, que se dirije a todos, sinó tambien en la direccion particular de vuestra alma por medio de uno de sus ministros, escojido por vuestra confianza. En el secreto inviolable del santo tribunal él os ayuda a comprender el mal que le confesais, os reconcilia con Dios por la absolucion si sois digna de ella, i os indica el bien que os resta ejecutar, inspirándoos el deseo, el valor i la buena voluntad de cumplirlo.

Ya sabies, pues, ahora donde encontrar una luz en vuestras tinieblas, un camino seguro, si os estraviais, un apoyo en vuestras debilidades, un guia en vuestros pasos, un consuelo en vuestros males, un amigo en vuestra desgracia, un padre en fin, un padre para vuestra alma, en medio del abandono de los hombres. Teneis un refujio, un recurso que jamas os faltará, si poneis en él vuestrá confianza, i en el qne podeis depositar todas vuestras inquietudes, i la mas viva de todas, la que inspira a una conciencia delicada el temor de haber ofendido a Dios, por la infraccion de sus preceptos, i de ser separada o alejada de él por el pecado. Esto era en orto tiempo nuestro mayor tormento; pues no solamente ignorábais si habeis pecado, al ménos no pocas veces, sinó que careciais de una persona que os lo dijera, quedàndoos una incertidumbre que os aflija sobre manera. Después, ¿cómo reparar las faltas cometidas, i desembarazar vuestra conciencia del mal i de sus consecuencias? ¿Dónde lavar sus iniquidades para volver su alma a la pureza i al buen camino? ¿Cómo estar segura de que Dios, a quien se ha confesado haya perdonado, si la mísma palabra del cielo, no atrae por la boca de su ministro i no hace descender de él la virtud en el corazon contrito i humillado? I, esperando de esta manera en medio de la perplejidad de unos, o de la indiferencia de los otros, las faltas se acumulan, el mal se añade al mal, la conciencia estraviada en su camino i como sumida en las impurezas, se endurece, i por último se llega hasta el estremo de no distinguir ya el bien del mal, lo justo de lo injusto, lo que es exijencia del deber o de la pasion.

En verdad, señora, el enemigo de Dios i del hombre no podia encontrar nada que fuese mas eficaz para perder a las almas, que suprimir la confesion negando la virtud de este sacramento. Este es el instrumento de la gracia a que él tiene mas horror, porque es lo que mas daña su causa, i todavía hoi, aún en la Iglesia se encuentra una multitud de personas que hacen profesion de católicas, que cumplen en parte con sus deberes i no pueden desidirse a confesar sus culpas. Ai! esta omision de un solo punto de la fé, les hace faltar a todos los otros; pués sin la confesion, que separa la voluntad del mal i la reconcilia con Dios, el alma permanece en la muerte del pecado, i no puede participar de la vida divina. No purificándose jamás, ella no puede recibir en sí a aquel que es la misma pureza, no puede comer el pan vivo bajado del cielo. Vos, señora, lo habeis comprendido bien i en el ardor de vuestra nueva fé, vais con dilijencia a bañaros en la saludable picina, para borrar hasta vuestras menores manchas i recobrar la frescura de la vida espiritual.

El talisman doméstico.

Al tomar la pluma, jóvenes i amables lectoras, mi mente se halla fuertemente atraida hácia el hogar doméstico i no puedo ménos que ocuparme de los deberes que en él ncuumben a la dueño de casa, deberes que bien cumplidos, constituyen su mas bello adorno, a la vez que su propia felicidad i la de todos cuantos la rodean.

Algunas mujeres ilusionadas, digámoslo así, por las riquezas; fomentan en su espíritu la fatal idea de que el ocuparse de hacer reinar el órden en sus casas, es decir, arreglar ellas mismas el gasto diario, es una ocupacion demasiado vulgar para una persona que se halla bien colocada en la escala social, i que estos pequeños detalles deben legarse a personas de una clase inferior.

Pero no es de la economía propiamente dicha, de que vamos hablar. Muchas mujeres hai, mui económicas, tal vez demasiado, entre las señoras ricas i no son buenas dueñas de casa. ¿I que les falta a estas? El espíritu i el hábito de la vijilancia.

Las mujeres del mundo jeneralmente se inquietan poco del cumplimiento de esta obligacion, tan en desavenencia con la actividad febril i malarreglada de su vida frívola o con la dejada indolencia de su carácter, no consideraremos aquí los inconvenientes morales que de esto resultan; pero estad seguras que este punto de la cuestion, si quisiesemos detenernos en él, seria mucho mas importante i grave que el aspecto bajo el cual lo cotemplamos, la facilidad que da a los sirvientes para ensanchar la bolsa i agregarle otra especie de pillería.

Otras mujeres, mas activas, creen haber satisfecho su deber sobre este particular, cuando despues de haber establecido un órden regular de vijilancia, tienen el valor de someterse a él, cueste lo que cueste apesar de repugnancias i cansancio; estas creen haber hecho maravillas con haber puesto en su reglamento de vida alguna cosa semejante a esta:

«Una visita a la cocina ántes del almuerzo;

«Una visita a la repostería al levantarse de la mesa;

«Todos los sábados por la tarde ir a la frutería i al ropero para ver si está todo en órden;

«Por último, visitar la casa todas las noches para asegurarse de que el fuego está apagado, las puertas cerradas, etc. ¡I se sienten tan fieras de su prevision!

Pero en lugar de felicitarlas, no podemos sino mostrarles cuan grande es su error. Estas visitas prevenidas i arregladas de antemano, como el curso de los astros, ya no puede considerarse como vijilancia o inspeccion, es una accion ejecutada maquinalmente i recibida con una hipocresía mui natural i casi escusable.

La inspeccion verdadera i provechosa debe ejecutarse de improviso, sobre toda clase de objetos; no debe ser jamas aguardada ni ménos aun anunciada.

Acostumbrad vuestros domésticos, dice una mujer sabia i esperimentada, a una inspeccion intelijente i activa, presentaos con frecuencia en medio de ellos, a horas diferentes, i sobre todo cuando puedan creer que os hablais entregadas a un al descanso u ocupadas con vuestros deberes de sociedad, afin de que acostumbrados a esperar siempre vuestra visita, se habituen a no tenerla jamas! Su moralidad sacará de esto una ventaja que será para vuestra gloria i honor un floron digno de admiracion i de envidia, i ademas, creedlo bien, vuestros intereses i la prosperidad de la familia no tendrán en esto nada que perder.

La siguente anédocta os probará la verdad de lo que llevo dicho.

Una jóven dueña de casa veia con dolor que sus rentas se disminuian sensiblemente cada año i que pérdidas considerables desvalijaban su casa. Un dia paseándose sola por su jardin, triste i desconsolada, se hacia a sí misma las siguientes reflexiones: «Preciso es que algun espíritu ma»ligno se mezcle en este asunto, porque lo que »pasa en mi casa no es nada natural. O !cuánto »quisiera yo descubrir lo que hai en esto i hallar »remedio a tan grande desgracia!»

De repente se le apareció una hermosa sibila que, dirijiéndole la palabra, le dijo: «He aqui, hija »mia, un remedio infalible para el mal que la»mentais. Tomad este cofrecito, no lo abrais, sino »tal como se halla, llevadlo durante un año, »tres veces por la mañana i tres veces por la tar»de a la bodega, a la cocina, al establo, i finalmen»te a todos los rincones de la casa. No tardareis »en sentir sus buenos efectos. Dentro de un año, »me lo devolvereis i estoi segura que os hallaré »contenta i agradecida.»

La jóven, llena de júbilo i de esperanza, entró en su casa resuelta a seguir a la letra las instrucciones de la sibila. Aquella misma tarde, cuando fué a la bodega, sorprendió a un criado en el acto de llevarse un cántaro de cerveza..... Un poco mas tarde cuando fué a hacer su visita a la cocina, encontró a las criadas mui ocupadas en hacer una tortilla..... En la lechería las pobres vacas estaban ayunando..... en la caballeriza, los caballos tenian que contentarse con heno en lugar de avena, porque el mozo la transformaba en plata corriente, i no andaba la almohaza porque era esto demasiado trabajo para aquellos sirvientes perezosos.

Eran estas muchas descubiertas para la pri-

mera visita i las siguientes trajeron consigo otras muchas. Bien se comprende que reformado cada abuso i mejorando así las cosas de dia en dia, la casa cambió prontamente de aspecto.

Concluido el año, la sibiila se presentó de nuevo como lo habia anunciado, i preguntó a la jóven señora si el uso del cofrecito habia dado el feliz resultado que esperaba.

Si, si, contestó; me ha ido mui bien; el espíritu maligno se ha alejado completamente. ¡Cuantas gracias tengo que daros! Mas, dejadme os ruego, este tesoro un año mas para que pueda aprovecharme bien del exelente remedio que en él está contenido.

Me es imposible contestó, sonriéndose; no puedo dejaros mi precioso cofrecito; pero si quereis, os dejaré el remedio que en él se halla.

Al decir esto, hizo saltar la tapa del cofrecito i sacó, con gran sorpresa de la señora, una tira de papel, donde se hallaban escritas estas palabras:

«Si quieres que tus domésticos sean honrados i que tu casa vaya bien, vijílalos incesantemente.»

Esta relacion lleva consigo su moral i que es fácil de comprender.

La nube.

(Alegoria.)

¿Ves esa nube, que en el cielo puro
Su blanca frente nos está mostrando?
¿Ves cual la doran con su brillo suave
Del sol muriente los tranquilos rayos?

Rápida asciende con veloz carrera,
I airosa presto el cielo domando,
Mira a sus plantas juguetear las brisas,
Subiendo en torno al estrellado manto.

Talvez la Nube con audaz delirio
Del sol intenta arrebatar los rayos,
Talvez volando hácia el zenit pretende
Ser coronada de fuljentes astros.

Por eso en alas de ilusion hermosa
La esfera hiende con lijero paso,
I al estender su poderío i gloria
Pequeño encuentra el anchuroso espacio.

—

Mas ¡oh dolor! sobre el zenit batiendo
Fiero aquilon sus estridentes alas
La clara luz del firmamento encubre,
Turbando cruel su deliciosa calma.

Cruje la esfera, el huracan arrecia,
I entre el furor de tempestad nefanda
La pobre nube en torbellinos ciego
Hasta la tumba en dolor arrastra.

—

Asi en la infancia, cual lejanas nubes,
Mil ilusiones ve nacer el alma,
Sueños dorados con la luz hermosa
Del bello sol que la esperanza irradia.

Viajero errante, en intranquilas ondas,
Ve sus pasiones levantarse ufanas,
Romper los diques de infantil reposo,
Fieras turbando su apacible calma.

I, ávido el pecho de fugaces glorias,
Con ciego orgullo al porvenir se lanza
Sueños buscando, recojiendo flores
Con que adornar de su ilusion las aras.

¡Ai, cuantos astros su fulgor le muestran!
Ai, cnantas glorias con su amor le alhagan!
Dórase el aura si su frente toca,
Himnos los prados i el abril le cantan.

Mas ¡ai! que sopla el huracan tremendo,
Cruel arrancando al corazon sus galas!
No existen ya, que en silenciosa muerte
Las lleva el cierzo entre sus negras alas.

Cuan presto ¡ai Dios! tras tormentosa nube
Se encubre el sol que dora la esperanza,
Cuando lijera la verdad viniendo
Del pecho el gozo sin piedad arranca.

¿Qué era, decidme, la ilusion que un dia
Del pobre niño la existencia ornaba?
Qué era ese canto melodioso i suave
Que adormeciera su tranquila infancia?

¿Qué eran, o jóven, sus hermosas flores?....
I no respondes, i angustiado callas!
¿Es ilusion? Al yermo de la vida
Con paso audaz diríjete a buscarlas.

¡Triste, si en cambio de mentidas glorias
Lazos, prisiones i delitos hallas!
Triste, si en pos de la ilusion perdida
Solo contemplas despiadas zarzas.

Pobre viajero! concluirá tu gloria,
I en el silencio de la tumba helada
No habrá quien oiga tu jemido triste,
No habrá quien venga a compartir tus ansias.

Agosto 31 de 1865.

COMUNICADOS.

Tercera carta de Rosa a Luisa.

Santiago, setiembre 3 de 1865.

Querida Luisa:

Al terminar tu contestacion de 25 de agosto último solicitas mis luces acerca del asunto de fracmasones que te has propuesto dilucidar. Poco, mui poco podria yo decirte sobre tal asunto, pues creo que no pasan de dos las obras en que algo he leido acerca de ellos, i siempre con mui notable desagrado. Aun cuando mucho conociera su historia i los variados medios de accion que se dice ponen en juego, nunca podrian mis conocimientos igualar a los tuyos sobre esta materia, pues me acuerdo mui bien haberte oido decir que habias procurado instruirte en todo lo que a masones concierne. De todos modos, yo te he invitado a que escribas sobre ese tema, i tienes que hacerlo, mal que pese a tu modestia.

Por mi parte voi a continuar mi análisis de las razones alegadas por los abolicionistas, a pesar del desagrado que a muchos causa el insistir en un asunto que quisieran relegar al olvido. Los que así piensan, querida Luisa, no reflexionan lo bastante cuan altamente perjudicial es el dejar pasar los grandes acontecimientos sociales sin perseguirlos con la vista miéntras duren en el horizonte. Si esos acontecimientos han sido infernales espectros que han pasado sembrando el pavor i el llanto por do quiera, conviene que todos los ojos fijen miradas de fuego sobre la humeante huella que dejaron, i que todos los labios anatematicen hasta su memoria. En relijion, en política, en los sucesos ordinarios de la vida social es indispensable proceder de esa manera, si no queremos vernos cada dia envueltas en las asechanzas de los perversos. La prudencia exije que no seamos fáciles en olvidar los males que se ha querido hacernos para que sepamos precavernos contra los incesantes esfuerzos de cuantos intentan inferir agravios a la relijion de nuestros padres.

Hecha, pues, esta lijera esplicacion, paso a considerar otro argumento que se hizo para pedir libertad de cultos en nuestra patria.

Díjose en la tribuna i en la prensa que nuestra relijion inspiraba i aun demandaba la libertad de cultos. Si esto no se dijo por sarcasmo, será necesario convenir en que son estremadamente ignorantes u obcecados los que tal avanzaron. Dos solas observaciones bastarán querida Luisa, para conocer lo craso del error propuesto. La primera es que Jesucristo dijo que el que no creyere i abrazare la relijion que él enseñó i mandó predicar *se condenaria*. Si nuestra relijion aconsejara la libertad de cultos, o si aun la permitiera, ¿cómo es que el divino Salvador conmina con el infierno a los que practiquen otra creencia que la cristiana? La segunda es que, el mismo Dios mandó en la lei antigua que se privara de la vida a quien introdujese ritos idolátricos en el pueblo hebreo. Si los hombres tuviesen derecho para adorar a Dios como quieran, i si nuestra relijion respetase ese derecho, ¿habria mandado Dios que se quitase la vida a quien le adorase con ritos diversos de aquellos con que le adoraban los judíos? Ciertamente que no. Luego si Dios impuso esa pena, claro es que la relijion que él reveló no solo no aconseja la tolerancia de diversos cultos, sino que la proscribe i la condena.

Esto es demasiado claro, amiga mia; i si no es estraño que el ministro protestante Trumbull i los redactores de la *Patria* i de *El Ferrocarril* hayan llevado a tal estremo sus despropósitos, no deja de serlo, i mucho, que hombres católicos i de talentos no vulgares les hayan acompañado en tal desbarro.

De esto inferirás que es a todas luces falso que la tolerancia de cultos se halle reclamada por aquel principio evanjélico de que no hagamos a los demas el mal que no queremos para nosotros, segun lo creyó cierto señor diputado. Jesucristo Dios no pudo ponerse en contradiccion consigo mismo, i existiria esa contradiccion, si estas palabras del divino Maestro implicasen una tolerancia del culto opuesto al que Dios reveló, i que exijió de todos so pena de condenacion.

Tambien se deduce de lo ántes dicho que el culto público que se dice ser necesario para adorar a Dios, es únicamente el culto que el mismo Dios ha decretado que se le dé, i de ninguna manera un culto distinto de éste. Si así no fuese, el hombre impondria a Dios la obligacion de aceptarle las adoraciones con que quisiera honrarlo, por mas absurdas e inmorales que fuesen; i ya ves, querida, que esto choca con el buen sentido.

Baste por ahora, amiga mia, que en otra ocasion seguiré analizando la bambolla con que algunos señores diputados han tratado de embrollar un asunto de suyo bastante claro. Adios, querida Luisa.

Rosa.

La indiferencia

O APATIA DE LOS BUENOS, I EL DECIDIDO EMPEÑO DE LOS MALOS.

Un pensamiento triste nos ocupa: quisiéramos, en verdad, que bajo algun aspecto se nos presentara como mera ilusion, para desecharlo con la rapidez que arrojariamos una braza de fuego que amenazara consumir un objeto precioso: mas viendo que el mal existe en realidad, i que cada dia lo vemos mas de cerca, hemos resuelto dedicar algunos momentos a fin de prevenir sus fatales consecuencias.

Nadie ignora que el mundo está dividido en dos grandes partidos, que chocan entre sí, i se despedazan mútuamente: o mejor dicho, dos principios diametralmente opuestos reinan en él desde el momento mismo que su Divino Autor colocara en el paraiso terrenal a los projenitores del linaje humano. Desde entónces empezó ya la encarnizada lucha del bien i del mal, queriendo cada uno sojuzgar la razon del hombre: i aun que es cierto que en esa misma época entonó el mal su primera victoria; pero tambien es verdad que como avergonzado de su triunfo procuraba ocultarse en las entrañas de la tierra.

Con el trascurso del tiempo el mal ha tomado inmensas dimensiones: ya no se oculta avergonzado en presencia de la virtud; sino que con su frente erguida se pasea por las calles i las plazas públicas, queriendo avasallarlo todo: en tanto que la virtud oprimida jime en la oscuridad i en el retiro, esperando que el tiempo disipe la horrible tempestad.

Esta es la causa del dolor que aflije nuestro corazon. Los secuaces del error son infatigables para llevar a efecto su temeraria empresa: superan con entusiasmo las mayores dificultades, desafian los peligros, i cual denodados campeones se presentan al campo de batalla; ya se les ve reuniendo al pueblo para enseñarle la mentira i el error, ya introduciéndose en las casas particulares con la temeraria presuncion de ser escuchados como oráculos de la verdad; ya penetrando en nuestros templos para mofarse de la piedad, i burlarse públicamente de nuestras creencias.

Nadie ignora lo ocurrido recientemente en Santiago; esto es, las blasfemias i herejías, denuestos, calumnias, i amenazas de que han echado mano para conseguir su intento. Es una tristísima verdad que los hombres irrelijiosos a fuerza de ruindades esperan ceñirse la corona del triunfo. Empero lo que ha llevado al colmo nuestro dolor, es ver que personas de buenas ideas, que están en posesion de la verdad, hayan desertado cobardemente del campo del honor arrojando en el polvo sus poderosas armas. No hemos podido mirar con ojos enjutos que muchos de los que se dicen catolicos, toleren que a su presencia se insulte nuestra fé, se desprecie la Iglesia, se blasfeme de Dios, i que una sonrrisa criminal sea la única defensa qne de ellos merece la mas justa i mas noble de todas las causas. Mas vale para ellos la amistad de un impío que la amistad de Dios. ¡Que ingratitud tan espantosa: i debemos creer que el cielo se manifieste indiferente! ¡Pobre Chile, a que espantoso precipicio os conducen vuestros malos hijos!

¿I es posible que aquellos mismos que no pueden consentir que se profiera una palabra ménos atenta, de alguno de sus parientes o amigos, soporten con *estoica impasibilidad* que en su pre-

sencia se profane sacrílegamente el nombre santo del Señor?

Sepan, pues, esos católicos desnaturalizados i cobardes, que esto es declararse abiertamente contra nuestro Divino Redentor, que ha dicho: «El que no es conmigo es contra mí:» que es abrir un profundísimo abismo, donde con los impíos i libertinos caeran tambien los que debiendo contenerlos no lo hubieren hecho. Al llegar aquí el corozon se oprime, se contrista el ánimo, i no es posible enumerar con calma las fatales consecuencias que se orijinarán a nuestra cara patria sino rechazamos con enerjía las doctrinas anticatólicas.

La apatía de los buenos i el empeño de los malos, han causado la ruina de las naciones mas católicas. Bien cerca tenemos el ejemplo, Nueva Granada, i Méjico, son testigos de esta verdad.

No quiera Dios que pese sobre nosotras la inmensa responsabilidad de haber consentido que se separe de nuestro pabellon nacional, la idea de nuestra unidad católica: esa hermosa bandera tricolor en nuestras casas i ciudades, en los campos de batalla, sobre la cúpula de los templos, i sobre el timon de nuestras naves, anuncie siempre la relijion i patriotismo de los chilenos.

Respetemos, pues, a la Iglesia católica mirándola no como un rival de nuestra civilizacion, como tan inconsideradamente la han mirado *ciertos señores diputados* que no es, sino nuestra verdadera madre; respetemos a su cabeza visible no como un príncipe estranjero sino como el representante de nuestro señor Jesucristo en la tierra; i entónces la Iglesia moralizará verdaderamente a los pueblos, pues es la única que sabe i puede hacerlo: no se le aten las manos como si en ellas llevara la destruccion i la muerte, cuando es la que ha recibido de su Divino Esposo la mision augusta de enseñar i civilizar al mundo: i veremos levantarse de la juventud chilena, hombres sabios i profundos, i no esos eruditos superficiales que solo saben blasfemar lo que ignoran. Si así lo hacemos Dios hechará su bendicion sobre nuestra República, que ha sido hasta el presente su heredad predilecta; dirijirá a sus representantes a fin de que se consoliden los principios católicos que hoi mas que nunca reclaman los pueblos, i entónces vivirémos en paz, libres i felices, i podrá Dios enaltecernos hasta el rango que es capaz de ocupar la nacion chilena.

M. L. M.

Biografía de Mme. Swetchine.

(Estractada de la obra de Mr. Falloux.)

¿Quién hallará una mujer fuerte? De mayor estima es que todas las preciosidades traidas de léjos i de los últimos términos del mundo.....

La fortaleza i el decoro son sus atavíos i estará alegre i risueña en los últimos dias.....

Abre su boca con sabios discursos i la lei de la bondad gobierna su lengua..... Prov. XXXI.

El nombre de Mme. Swetchine será acaso poco conocido en nuestro pais, a pesar de que es una de las mujeres mas distinguidas de nuestra época, por sus raras i relevantes prendas morales e intelectuales. M. de Maistre, hablando de ella en una carta que dirijió al vizconde Bonald, decia: «No habrá Ud. visto jamas mas virtud, talento e instruccion en union de tanta bondad». I el vizconde le contestó: «Es una amiga digna de Ud. i uno de los mejores talentos que he encontrado, efecto o causa, sin duda, de las mas brillantes cualidadss de corazon con que una criatura mortal puede hallarse agraciada.»

Creo pues interesarán a nuestras amables lectoras algunas noticias históricas sobre esta exelente mujer.

Sofía Soymonof, de una antigua familia rusa, nació en Moscovia el 22 de noviembre de 1782. Tuvo una educacion mui esmerada i científica. A los catorce años ya sabia el ruso, lo que ignoraban la mayor parte de sus compatriotas; hablaba el italiano i el ingles con tanta facilidad i pureza como el frances, el aleman correctamente i estudiaba tambien el latin i el griego.

Se desarrolló en ella de una manera manifiesta i notable, una cualidad mui rara en una niña: la firmeza de carácter.

Fué nombrada dama de honor de la emperatriz María, esposa de Pablo I cuando tenia diez i seis años. La residencia en la corte no disipó en la jóven Sofía el amor al estudio i al trabajo; por el contrario, los ramos de ornato que poseia se acrecentaron i perfeccionaron allí por medio de la emulacion; leia la música a primera vista, i su voz llena i sonora se habia familiarizado tanto con las harmonías suaves i científicas del Norte, cuanto con las brillantes melodías de la Italia.

M. de Soymonof se apresuró en asegurar a su hija un brillante porvenir; fijó sus miradas en un hombre que gozaba de una alta consideracion, amigo suyo personal i cuya carrera era mui lucida: el jeneral Swetchine.

Era un hombre de talle alto, de aspecto imponente, de un carácter firme i recto i de un espíritu sereno i lleno de amenidad. Tenia 42 años, Sofía 17 i medio. Acojió esta eleccion como todo cuanto venia de manos de su padre, con una afectuosa deferencia. Hacia varios años que habia perdido a su madre.

El mayor atractivo que encontró en esta union fué la certeza de que su hermanita no la dejaria i de que podria continuar prodigándole sus cuidados maternales. M. de Soymonof disfrutó poco aunque vivamente de este enlace que prometia tanta tranquilidad i consuelo a su vejez.

Una inesperada sentencia del emperador que lo desterraba de San Petersburgo sin que su hija ni su yerno tuviesen tiempo de interceder por él, le obligó a alejarse sin ninguna demora.

El amargo sentimiento de su caida, la separacion de su hija mui amada, la acojida fria i reservada de un amigo con quien habia contado mui especialmente, sumerjieron a M. Soymonof en una tristeza insuperable. Una apoplejía fulminante lo arrebató al cariño de su desconsolada hija. Un dolor tan profundo derribó completamente a Mme. Swetchine; esta primera soledad del alma, esta necesidad de un apoyo que nunca le habia faltado i cuya pérdida jamás habia ideado, elevaron súbitamente sus miradas al cielo; su primera oracion emanó de su primera prueba i no pudiendo ya proferir: ¡Padre mio! esclamó: ¡Dios mio!

Dios permaneció el objeto único de su pensamiento; lo buscaba, lo llamaba, lo interrogaba; pero era aun el Dios abstracto, sin luz, sin calor; era el objeto privilejiado de su estudio, mas no era aun el tesoro de su corazon. No obstante, su carácter inclinado a una anticipada madurez, se dirijia mas i mas a los estudios sérios.

La sociedad en que Mme. Swetchine ocupó unos de los primeros rangos desde su aparicion, era entónces una de las mas brillantes de Europa.

El emperador Pablo I se habia hecho un punto de honor en acojer con benevolencia a los emigrados franceses. En los salones de San Petersburgo, particularmente en los del jeneral Swetchine, se oian todos los dias anunciar los nombres mas distinguidos de Paris i de Versalles: Broglie, Dumas, d'Antichamp, Rastinac, La Maisonfort, Saint Priest, de la Ferté, de Blacas, etc. La revolucion francesa tambien habia arrojado a San Petersburgo algunos miembros eminentes del clero frances. El mérito de estas lealtades, causas de iufortunios voluntarios i la virtud de estos valerosos ejemplos, produjeron gradualmente en la sociedad de San Petersburgo los resultados de un apostolado elocuente. Estas felices influencias se completaron para Mme. Swetchine con la mas poderosa i decisiva de todas: la llegada del conde de Maistre. Este ministro del rei de Cerdeña en la corte de Pablo I se consideraba con justo título como embajador de las grandes verdades delante de una gran nacion.

Sin embargo, Mme. Swetchine en una de sus cartas al príncipe Gagarino dice: «El honor de »la introduccion del catolicismo en Rusía es de»bido a M. d'Augard, anciano caballero de la »órden de San Luis. El señor conde de Maistre »ha sido el gran sembrador, pero de ninguna ma»nera el primer obrero. ¡Todo estaba en princi»piar! Cuando la obra, no solamente en la ejecu»cion sino ann en la mente, parecia absurda e im»posible, el jenio de la fé supo concebirla e in»tentarla.

«El caballero d'Augard no tenia ni los dones «superiores ni la reluciente fantasía del conde de »Maistre i su humildad no aspiraba al predomi»nio, su sencillez, la gracia totalmente francesa »de su espíritu, su jovialidad en las reuuiones, »la suave injennidad de sus convicciones en to»da controversia ejercian un imperio tanto mas »irresistible cuanto que menos pensaba uno en »precaverse contra él....»

El emperador Pablo de carácter fogoso i sombrío, se entregó hácia el fin de su reinado a las tiránicas impetuosidades de su jenio. La emperatriz María triunfaba sola de los arrebatos de su jenio; pero no era sino por medio de la dulzura, de la modestia i de la paciencia. Sobrellevaba con un semblante risueño sus caprichosas exijencias, fatigas excesivas i ejercicios contrarios a sus inclinaciones. Un calor abrumante o una fria nevada no impedia las carreras a caballo; el emperador se complacia en apostarlas sobre terrenos elevados para servir de blanco o de piquete a las evoluciones militares. Raras veces dejaba de permanecer largas horas en esta penosa situacion i algunas veces fué olvidada durante todo un dia. No por eso se le vió jamas alterada la serenidad de su alma; pero la jóven Soymonof, que debiera mas tarde conocer, prevenir o consolar tantas tristezas, comenzó desde entónces a penetrar el secreto de las prosperidades falaces i de las lágrimas silenciosas.

El capricho imperial, dentro de poco, no conoció ya ningun límite. Un dia, los Ucases prohibian el uso del pantalon i del frac; otro, las universidades recibian órden de no emplear la palabra *revolucion* cuando hablaban del curso de los astros. Un decreto fijado en las encrucijadas de la capital prescribia que cuando el emperador pasase por las calles, ya fuese a pié, lo que sucedia rara vez, ya fuese a caballo o en calesa, lo que ocurria con frecuencia, debiau todos detenerse, apearse del carruaje, descubrirse la cabeza, quitarse la capa de pieles i mantenerse inclinados durante su pasaje. Un jóven comerciante, por una infraccion involuntaria, fué sentenciado a cincuenta golpes, castigo casi mortal. Una señora jóven conocida i considerada en la corte vió que por el mismo motivo, los ajentes de policía detuvieron su carruaje; se desmayó; su familia indignada corrió a casa del emperador. Pablo tomó seriamente conocimiento del hecho, dió amnistía al cochero que debia ser incorporado en el ejército, eximió el carruaje i los caballos de la confiscacion, pero impuso ocho dias de reclusion a la jóven señora por haber faltado a las reglas de decoro, i la misma pena a una tia suya, que le habia servido de madre, por haberla educado mal.

Usaba de la misma severidad en lo interior de su familia. Una distraccion en la observancia de la etiqueta, un besamano irregular atraia sobre las grandes duquesas así como sobre los grandes duques, dias i a veces semanas de arresto.

En medio de estas crueles estravagancias, el crédito del conde Swetchine habia sido respetado i la benevolencia del emperador para con él redoblaba cada dia. Le habia confiado primeramente el mando militar del palacio i mas tarde el cargo de gobernador de San Petersburgo. Este favor no debia ser de larga duracion; llegó el dia de su icaida. «Fuí nombrado senador por la mañana i destituido por la tarde,» dijo el jeneral.

Esta desgracia causó poca alteracion en los hábitos del señor Swetchine i de su señora, continuaron viviendo en San Petersburgo en medio de un círculo de amigos selectos i numerosos. El carácter del jeneral Swetchine, inclinado a la indiferencia, se hallaba enteramente exento de la ambicion. El de Mme. Swetchine, lleno de ardor i enerjía, se entregaba completamente a la actividad de su vida moral e intelectual.

El cambio de las ideas literararias i filosóficas ocupaba en su salon un puesto que participaba de la política del dia, tan fecunda en peripecias.

(Continuará.)

AVISOS.

AL PUBLICO

Se reciben suscriciones a este periódico en todas las ajencias del «Independiente».

Suscriciones en Santiago i provincias.

Por trimestre 60 cts.

Número suelto 5 cts.

HISTORIA DE SIBILA.

Novela escrita por Octavio Feuillet i traducida para los folletines del *Indedendiente* por don Zorobabel Rodriguez. Se vende en esta imprenta a 50 cts. ejemplar.

Imp. del INDEPENDIENTE, setiembre de 1865.